



EL SEGUNDO MESÍAS

CHRISTOPHER KNIGHT
Y ROBERT LOMAS

LOS TEMPLARIOS, LA SÁBANA SANTA DE TURÍN
Y EL GRAN SECRETO DE LA MASONERÍA

¿Es auténtica la Sábana Santa de Turín? ¿La imagen impresa es la de Cristo crucificado? Durante más de siete siglos, este sudario ha sido venerado por los creyentes. Pero en 1988 la prueba de carbono 14 demostró que la tela no podía ser anterior a 1260. Nuevas técnicas han permitido a los autores de este libro precisar su lugar y fecha de origen. También han revelado la identidad de la figura que aparece en él. No es la de Cristo, pero tampoco es una falsificación, es la del último líder de la Orden del Templo: Jacques de Molay. Tras la destrucción de Jerusalén (70 d. C.) algunos sacerdotes supervivientes se refugiaron en Europa a la espera de un nuevo Mesías. Un milenio más tarde, sus descendientes volvieron a la Ciudad Santa para fundar la orden de los Caballeros del Templo. Allí recuperaron las enseñanzas ocultas bajo las ruinas del Templo; para protegerlas diseñaron las crípticas cartas del tarot. En 1307 fueron perseguidos y diezmados. Su último líder fue ajusticiado en una extraña parodia de la Crucifixión y su imagen agonizante se materializó en la sábana que lo había envuelto. Cuando la peste devastó Europa, la Iglesia estaba más debilitada que nunca, y el deseo de un nuevo salvador, como anunciaban antiguas profecías, se apoderó de las gentes. Ahora tenían la imagen de ese salvador. Así nació el culto a la Sábana Santa.

A mi esposa y nuestros tres hijos.

R. L.

A mi esposa Susan y nuestras hijas
Kathryn, Lucy y Sophie.

C. K.

*El vino es fuerte,
un rey es más fuerte,
las mujeres son aún más fuertes.
Pero la verdad los vencerá a todos.*

«El libro de Esdras»

INTRODUCCIÓN

En el libro que publicamos anteriormente, *The Hiram Key*, tratamos los orígenes de la masonería y cómo han evolucionado los rituales masones desde la época en que los practicaba la Iglesia de Jerusalén y posteriormente la famosa orden cruzada de los Caballeros del Temple. Estos monjes guerreros tuvieron una historia muy extraña que empezó con una excavación de las ruinas del templo de Herodes al final de la primera cruzada, excavación que se prolongó nueve años y concluyó, casi doscientos años después, cuando éstos fueron arrestados por herejes.

Nuestros descubrimientos generaron polémica, pero fueron muy bien recibidos por muchos eruditos en estudios sobre la Biblia, los templarios y la masonería, así como por varios sacerdotes católicos.

Durante los meses que siguieron a la publicación conocimos a cientos de masones de todos los rangos, por toda Inglaterra, Escocia y Gales, y sólo recibimos apoyo y felicitaciones de todos ellos.

La notable excepción a este recibimiento fue el de la Gran Logia Unida de Inglaterra, que ni siquiera reconoció la copia inédita que les enviamos. Consideraban que como masones habíamos cometido pecado al realizar por nuestra cuenta investigaciones después de 1717, año dorado de la masonería. No desobedecimos ninguna regla de la Orden, pero muy pronto nos dimos cuenta de que la Gran Logia había escrito a las logias provinciales de Inglaterra y Gales para proporcionarles un resumen distorsionado de nuestros descubrimientos.

Poco después, el venerable maestro de una famosa logia masónica asistió a una de nuestras charlas sobre el libro con la intención de reunir evidencia en contra nuestra, pero al final de la charla nos felicitó, compró una copia del libro y nos pidió que se lo dedicásemos. Nos llegó una inmensa cantidad de cartas de gente de todo el mundo, muchas de las cuales contenían información que apoyaba nuestros descubrimientos. Algunos de los miembros masones más antiguos nos brindaron sus más calurosas felicitaciones; así, por ejemplo, David Sinclair Bouschor, antiguo gran maestro de Minnesota, comentó:

The Hiram Key es la chispa que puede prender la mecha de una reforma en el pensamiento cristiano y una reconsideración de los hechos que hemos aceptado sin reservas y perpetuado a través de varias generaciones. Este libro es indispensable para la innovación.

Otro estadounidense, un doctor en Teología, a quien prefiero no nombrar, nos escribió lo siguiente:

Soy un masón del rito escocés del grado 32. He sido maestro de mi logia tres veces y sabio maestro de los rosacruces. Soy miembro de la Orden del Amaranto y Shiner. Me he ordenado ministro de la Iglesia Bautista Reformada. A pesar de toda esta experiencia y educación no estaba preparado para la información que contenía su libro. Si no hubiese tenido la necesidad de saber sobre nuestros orígenes, ni el valor de investigar más allá de los dogmas institucionalizados, tal vez no habría terminado de leer The Hiram Key. Sin embargo, terminé de leer su libro y encuentro que sus descubrimientos concuerdan con lo que yo he averiguado. Esto me ha llevado a pensar que tal vez haya algo de razón cuando se acusa a la masonería de que sólo los que poseen el grado más alto pueden acceder a la verdad.

Este comentario del final resulta fascinante porque, hasta donde sabemos, sólo existe un grado por encima del 32

al que pertenece este hombre. ¿Puede haber un secreto tan grande, accesible sólo a un puñado de masones? Esto nos hizo pensar que tal vez este gran secreto se había perdido y tenía que ser redescubierto.

La situación era demasiado interesante para pasarla por alto. Estábamos seguros de que la masonería había desarrollado los rituales utilizados por la Iglesia de Jerusalén y los templarios, y todo parecía indicar que la Gran Logia Unida de Inglaterra había perdido contacto con sus propios orígenes o había decidido ocultar algo muy importante, incluso a sus propios ministros. Su decisión de prohibir cualquier discusión que trascendiera la doctrina oficial la diferenciaba de cualquier otra logia que conocíamos, y decidimos que nuestra investigación debía continuar.

Cuando iniciamos nuestra tarea nos enfrentamos a seis preguntas clave:

1. ¿Se han modificado o suprimido deliberadamente algunos rituales masónicos?
2. ¿Hay algún gran secreto de la masonería que se haya perdido o haya sido ocultado deliberadamente?
3. ¿Quién estaba detrás del surgimiento de los templarios?
4. ¿Cuál fue la razón por la cual los templarios decidieron excavar bajo las ruinas del Templo de Herodes?
5. ¿Cuáles fueron las creencias que llevaron a la destrucción de los templarios por herejes?
6. ¿Es posible que los rituales más profundos de la masonería arrojen nueva luz sobre los orígenes del cristianismo?

Sabíamos que no sería fácil encontrar las respuestas; pero, a medida que nuestras investigaciones avanzaban, hallamos la respuesta a una pregunta muy importante que no nos habíamos planteado: ¿Cuál es el origen definitivo de la Sábana santa de Turín?

Habíamos especulado sobre la posible conexión entre los templarios y esta reliquia, pero no estábamos preparados para la magnitud de su papel en la historia y la importancia del hombre cuya imagen aparece en ella.

CAPÍTULO PRIMERO

LA MUERTE DE UNA NACIÓN

«El que controla el pasado controla el futuro. El que controla el presente controla el pasado».

GEORGE ORWELL, *Aclaraciones sobre antiguas creencias*,
1984.

Dicen que se ha generado más información en los últimos treinta años que a lo largo de los cinco siglos anteriores. Gracias a los métodos de investigación modernos y al nacimiento de los potentes sistemas de almacenamiento y recuperación de datos, es posible acceder rápidamente a una cantidad enorme de información. Hoy podemos comprender el mundo en el que vivimos, su pasado y su futuro potencial de un modo que ni siquiera habríamos imaginado que fuera posible unas décadas atrás.

La gente corriente ha tenido que adaptarse a una incesante avalancha de innovaciones: desde la pasta dentífrica hasta los automóviles, todo se vuelve más inteligente año tras año. Solemos creer que las innovaciones significan desarrollo; pero, aunque las cosas nuevas puedan modificar nuestros puntos de vista, las viejas ideas todavía se resisten a morir y las «verdades» que asimilamos durante la niñez permanecen sin ser desafiadas. ¿Cómo sabemos que Colón descubrió América? ¿Por qué creemos que Jesús convirtió el agua en vino? Creemos que conocemos las respuestas de ambas preguntas porque se nos dijo que eso era así y nunca hemos tenido la ocasión de desafiar estas aseveraciones culturalmente aceptadas.

Da la impresión de que la historia no es una recopilación de hechos pasados, sino más bien un catálogo de creencias seleccionadas, comentadas por personas que poseen un interés especial en ellas. Como George Orwell observó en su novela *1984*, los vencedores siempre escriben la historia y quien controla la redacción de los libros de historia controla el pasado. No cabe duda de que durante los últimos dos mil años la fuerza más poderosa del mundo occidental ha sido, sin excepción, la Iglesia católica romana y, como consecuencia, la historia a menudo ha sido forjada a su voluntad.

La Iglesia siempre ha sido la fuente de las «verdades» culturales occidentales pero, a medida que surgen más pruebas contundentes, ha tenido que aceptar que el papado no es tan infalible como se afirmaba en el pasado. Por ejemplo, Galileo fue condenado a cadena perpetua y se quemó su obra por afirmar que la Tierra se movía en el espacio, y no fue hasta el año 1992 cuando una comisión papal reconoció el error cometido por el Vaticano al oponerse a este personaje. En el siglo XIX, la teoría de la evolución de Charles Darwin fue duramente atacada por la Iglesia, pero en 1996 el Vaticano tuvo que volver a admitir que se había equivocado.

En el pasado, la Iglesia daba respuestas a los misterios de la vida mientras no existían otras alternativas; pero, con el progreso de la ciencia, la necesidad de creer en los mitos ha disminuido. No obstante, si bien el Vaticano se muestra lento y cauteloso cuando se trata de volver a plantearse la función que tiene la humanidad en la creación, su interpretación de los hechos narrados en el Nuevo Testamento apenas varía, a pesar de la considerable cantidad de nuevas pruebas históricas.

Dicha influencia del poder en la historia se manifestó en noviembre de 1996, cuando el papa Juan Pablo II se reunió con el arzobispo de Canterbury, máxima autoridad de la Iglesia anglicana. En este encuentro que reunió a los dos lí-

deres eclesiásticos, el Papa creyó necesario recordar su absoluta superioridad al arzobispo, reafirmando su posición histórica como sucesor directo de san Pedro, a quien, según la tradición, Cristo había confiado su Iglesia^[1].

Esta reivindicación del poder basada en la herencia directa de Jesucristo, conocida como «sucesión apostólica», nace de una versión católica romana de la historia que ha sido rebatida por los eruditos contemporáneos que han revisado las circunstancias históricas de la Iglesia de Jerusalén. El peso de las pruebas actuales indica con fiabilidad que Jesús lideraba una secta completamente judía y que no fue sucedido por Pedro, sino por su hermano menor Santiago, primer obispo de Jerusalén.

La Iglesia católica romana siempre ha visto la función de Santiago, el hermano de Jesús, como una amenaza y desde sus orígenes ha controlado la historia, eliminando información sobre esta figura tan importante. Hace tan sólo dos años, el papa Juan Pablo II puso de manifiesto esta actitud al declarar que Jesús era el único hijo de María y que, por tanto, Santiago no era su hermano^[2]. El pontífice hizo esta extraña aseveración, totalmente infundada, a pesar de las pruebas bíblicas y de la gran cantidad de eruditos que afirman lo contrario.

El peso de las pruebas que existe actualmente demuestra que, aunque Pedro pudiera haber sido muy bien el líder del movimiento cristiano en Roma desde el año 42 al 67 d. J.C., ciertamente no era el líder de la Iglesia. El líder supremo de toda la Iglesia en aquel entonces era Santiago, el hermano de Jesús, obispo de Jerusalén. No conocemos a ningún erudito bíblico fiable que dude de este hecho, y S. G. F. Brandon no habría podido expresarlo mejor al afirmar:

[...] la supremacía de la Iglesia de Jerusalén y su perspectiva esencialmente judía es indudable desde un punto de vista académico fiable, y también puede decir-

se lo mismo del especial liderazgo de Santiago, hermano de Jesús^[3].

Santiago fue un buen sucesor de su hermano crucificado y proporcionó un sólido liderazgo a la comunidad que denominamos Iglesia de Jerusalén y a los judíos de la Diáspora —es decir, su dispersión en el mundo grecolatino—, como las comunidades de Efeso de Turquía, Alejandría y Roma.

Unos tres años después de la muerte de Jesús, llegó a Israel Pablo, un judío de la Diáspora procedente de la ciudad sureña turca de Tarso. Debido a la falsa «historia» transmitida actualmente, muchas personas creen que este hombre se llamaba Saulo cuando perseguía a los cristianos y que posteriormente cambió de nombre, adoptando el de Pablo, cuando se convirtió repentinamente al cristianismo, tras haber tenido una visión de Dios en el camino que conducía a Damasco.

La realidad es muy diferente. Para empezar, no existían cristianos en aquel entonces: la Iglesia de Jerusalén era judía y el culto denominado cristianismo no empezó hasta muchos años después como noción enteramente romana. El personaje que provocó el surgimiento de esta nueva religión se cambió el nombre hebreo de Saulo y adoptó el de origen latino Pablo cuando se convirtió en ciudadano romano durante su juventud, ya que quiso adoptar un nombre que sonara parecido al suyo.

Según la tradición, Pablo sentía fervor por la Ley Judía y eso lo condujo a perseguir a la Iglesia de Jerusalén, sosteniendo que se trataba de una secta judía infiel a la Ley y que, como consecuencia, debía ser destruida. Se dice incluso que había estado involucrado en la lapidación de san Esteban, el primer mártir cristiano. Este hecho, sin embargo, sólo puede concebirse como una cuestión de sectarismo judío, ya que la Iglesia de Jerusalén liderada por Santiago era completamente judía, y no existía ningún indicio en

aquel entonces de que Jesús fuera algo más que un mártir judío que había muerto por intentar obtener la autonomía de su pueblo.

En algún momento, Pablo se sintió atraído por la idea de la naturaleza de sacrificio de la muerte de Jesús y se opuso a Santiago por no aceptar que su hermano era un dios. En su Epístola a los Gálatas, se esmeró en señalar que, durante el período de su conversión, era totalmente independiente de la Iglesia de Jerusalén o de cualquier otro grupo humano y atribuye sus ideas a la intervención directa de Dios. Pablo dice:

[...] y fue la gracia de Dios [...] revelar en mí a su Hijo, para que yo lo predicara a los gentiles^[4].

Las ideas de Pablo que los posteriores escritores de los Evangelios tomaron como referencia fueron en gran parte producto de su imaginación. El erudito cristiano S. G. F. Brandon comentó:

Es verdad que la expresión «revelar en mí a su Hijo» resulta algo extraña, pero claramente es de suma importancia para comprender la propia interpretación que Pablo tenía de la misión que Dios le había encomendado [...]. Si se considera estrictamente como afirmación factual, la frase es en verdad una aseveración tremenda y absurda en boca de cualquiera, en especial en la de un hombre con los antecedentes de Pablo.

Literalmente significa que Dios ha revelado a su Hijo en la persona de Pablo, con la finalidad de que Pablo pudiera «evangelizarlo» entre los gentiles [...]. La afirmación de Pablo implica una revelación diferente de Su Hijo, una percepción de Jesús que hasta ese momento se desconocía en la Iglesia [...]. La conclusión a la que llegamos, pues, es que Pablo es el exponente de una interpretación de la fe cristiana que él mismo considera esencialmente diferente de la interpretación que podría describirse como la tradicional o histórica^[5].

Si los hechos narrados por Pablo y sus seguidores suponen un distanciamiento de las auténticas creencias de la Iglesia de Jerusalén, queda una pregunta en el aire: ¿Cuáles fueron las verdaderas ideas?

En nuestro último libro intentamos demostrar que la Iglesia de Jerusalén celebraba las ceremonias «de resurrección a la vida» para iniciar a sus miembros en la categoría más elevada de dicha comunidad. En estas ceremonias, el candidato sufría una muerte simbólica y se lo envolvía con un sudario antes de hacerlo resucitar, al igual que los masones en la actualidad. Se sabe por documentos coetáneos, entre los que se encuentran los manuscritos del mar Muerto, que en aquel entonces era práctica común entre los judíos llamar a los miembros de su secta «los vivos» y a los que no formaban parte de ella, «los muertos».

Tras estudiar la terminología utilizada por las gentes del Jerusalén del siglo I d. J.C., llegamos a la conclusión de que no es necesario otorgar un significado sobrenatural a las acciones de Jesucristo. Sus supuestos milagros, como «resucitar a los muertos», pueden concebirse como simples interpretaciones erróneas de hechos mucho más mundanos, realizadas por individuos posteriores a la época, los cuales tenían una mentalidad muy diferente de la de los judíos. Otra expresión no comprendida totalmente es la de «convertir el agua en vino», que simplemente significaba elevar a las personas corrientes a un estado superior en la vida. Actualmente, los masones todavía utilizan un rito de resurrección afín para elevar al candidato de su «tumba» y convertirlo en gran maestro de pleno derecho. Esta ceremonia se celebra en la oscuridad, enfrente de Boaz y Joaquín, las dos columnas orientadas hacia el este que se encontraban en la entrada del Templo de Jerusalén.

Después de que Pablo se hubo convencido de que poseía una nueva interpretación de la muerte de Jesús —basada en su incompreensión de la terminología de Jerusalén—, supo que tendría problemas con Santiago, el líder de la